

á la seguridad de México y sofocar cualquiera clase de revolución.

El virey y el visitador se dividieron el trabajo, y el primero se dedicó á la organizacion de la fuerza que debia salir para Acapulco, y el segundo se encargó de seguir la pista á los conspiradores y atender á la seguridad del interior.

La recluta y el levantamiento de gente se hacia con la mayor diligencia; cada dia aumentaba el número de los soldados y de las armas, y cada dia iba disipándose mas y mas la sombría nube que cubria la frente del virey.

El visitador por su parte no descansaba; con la prision de Leonel y Doña Catalina creia haber encontrado el hilo del ovillo, y habia comenzado á levantar un proceso, practicando infinitas diligencias; pero todos sus esfuerzos se habian estrellado contra la ignorancia real ó perfectamente fingida de Doña Catalina y contra la tenaz é inflexible negativa de Don Leonel.

El visitador comenzaba ya á desesperarse.

Don Leonel estaba desesperado; el terrible descubrimiento que le habia hecho Don Nuño de que la jóven que amaba era su hermana y que toda esperanza debia perderse y ahogar en su seno aquella pasion, le tenian verdaderamente fuera de sí.

Don Nuño por su parte tambien estaba triste; comprendia que habia causado la desgracia y la desesperacion de su hijo, y á esto se agregaba el fastidio de aquella prision, que se iba prolongando sin justicia ninguna.

Un dia el carcelero les refirió que las llamas habian consumido la «casa colorada» de la calle de las Canoas; pero esta noticia apenas afectó al padre y al hijo; ambos creian que Doña Juana estaba presa y Doña Esperanza habia desaparecido.

XI.

De cómo el virey se preparaba para resistir la invasion de los holandeses y las conspiraciones de los criollos.

VERDADERAMENTE crítica era la situacion del virey marqués de Cerralvo en los primeros meses de su gobierno.

Los holandeses habian tomado á Acapulco, y por allí amenazaba, además de una invasion á la colonia, la interrupcion completa de todo comercio con Filipinas; no se podian enviar, como era preciso, refuerzos y auxilios á Manila, y corrían riesgo aquellas posesiones de la corona de España con las audaces incursiones del príncipe de Nassau, que mostraba tener un genio emprendedor y un talento particular para buscar en la fuente de los recursos de los monarcas españoles sus propios recursos y la debilidad de aquella nacion.

Pero en el interior de la colonia no estaba tampoco muy bonancible la situacion para los dominadores.

El descubrimiento de la conspiracion fraguada por los criollos á la sombra del gran tumulto acaecido en la ciudad contra el marqués de Gelvez, tenia inquietos los ánimos del virey y del visitador.

Algo habian descubierto de la conspiracion, pero esto no era todo lo necesario para estar tranquilos; era, además, preciso indispensable, formar unos tercios que salieran á libertar á Acapulco, y por lo menos algunas compañías, para atender

Los dias pasaban y el visitador nada podía avanzar en el proceso; se habia cateado y registrado escrupulosamente la casa del Cristo, en que Don Baltasar de Salmeron habia dicho que se reunian los conjurados, y aquella casa se habia encontrado desierta.

El visitador se resolvió á consultar el negocio con el virey, y aprovechó un momento en que el marqués parecia estar mas desocupado para hablarle.

—Hállome—dijo el visitador—en un lance tan difícil, que he creído necesario consultar á V. E. para buscar en su prudencia un consejo.

—¿Qué acontece á su señoría?—preguntó el virey.

—Tengo en cárcel segura á Don Leonel de Salazar y á la dama que dice llamarse Doña Catalina de Armijo, denunciados por Salmeron como los principales en la conspiracion de los criollos.

—Lo sabia yo, y creo que con esto ya su señoría puede decir que lo sabe todo.....

—Esto es precisamente lo que me desespera. Hace ya varios dias que están presos, se han practicado varias diligencias, y sin embargo, preciso será confesarlo á V. E., ni de sus declaraciones, ni de ninguna de las diligencias, por mas que mi mayor empeño he puesto en ello, brota ni la mas pequeña claridad, ni el menor indicio, ni nada que guiarnos pueda en este laberinto, en el que no tenemos mas que las denuncias de Salmeron.

—Quizá mas adelante.....

—Lo juzgo imposible; se ha hecho un registro escrupuloso en todas las casas indicadas por Salmeron, y nada. Una de dos cosas suceden: ó la denuncia es falsa y calumniosa, lo cual no creo, ó los culpables han tenido aviso y tiempo para ocultar todos los indicios de su delito, y para

ponerse de acuerdo en sus declaraciones, caso de que pudiera haberse descubierto algo por la justicia.

—Eso me parece mas probable. ¿Pero cómo podian saber lo que aquí se trataba?

—Eso me parece lo mas fácil. Recuerde V. E. á Benjamin, el ayuda de cámara de S. E.

—Y cómo no! Valiente tuno, que me ha saqueado en cuatro dias el palacio, como pudiera haberlo hecho una partida de los bravos marinos del príncipe de Nassau en ocho.

—Pues como debe suponer V. E., no es ese su único delito, sino que ejercia además aquí el papel de espía de los conjurados, y esto se confirma con los dichos de Don Baltasar de Salmeron.

—Efectivamente; pero ahora ¿qué remedio? Lo que pasó, pasó, y debo, en honor de la verdad, confesar á su señoría que siento lo ocurrido, porque ese perillan me hace gracia.

—No se le puede negar que es hombre de ingenio.....

—Y mucho.

—Pero ahora vamos á lo que queria consultar con V. E.

—Y es verdad; dígame su señoría.

—Don Leonel y esa dama siguen en prision, pero esto no puede prolongarse así por mas tiempo; si inocentes son, yo no debo mantenerlos injustamente presos, y si culpables, como nada se les puede probar, están en el mismo caso que si no lo fueran. Ahora en lo que quisiera saber la opinion de V. E., es en si seria peligroso para la pública tranquilidad el escarcelamiento de Don Leonel y de la señora.

—Hum!—dijo el virey—la cosa es grave.

—Grave es en efecto, porque de un lado tenemos nuestra obligacion con S. M. de la guarda de estos sus reinos, y

de la otra nuestro juramento de administrar recta y cumplida justicia.

—Podria tomarse un término medio.

—¿Cuál?.....

—Que su señoría dispusiese que la dama se pusiera en libertad luego, por respeto á su sexo y su debilidad, y en cuanto á Don Leonel, que quedara en guarda hasta practicar algunas mas averiguaciones.

—Paréceme tanto mas prudente la resolucion de V. E., cuanto que en la dama he reconocido un fondo de franqueza y de verdad tan claro, que nunca se niega á contestar á lo que se le pregunta como el Don Leonel, ni hay en sus respuestas contradiciones ni reticencias.

—Alégrome entonces de haber dejado satisfecho á S. E.

—Y tanto, que ahora mismo voy á hablar con la dama y á ponerla en libertad, y con el permiso de V. E. me retiro.

—Puede hacerlo su señoría.

El visitador se dirigió á la prision de Doña Catalina.

A pesar de los miramientos con que el visitador habia dispuesto que se la tratara, la madre de Catalina estaba en una situacion bien triste.

Como nadie de su casa habia procurado buscarla, la vieja Doña Catalina vestia aún el mismo traje de gala con que habia salido de la casa de Don Pedro; pero como en la prision no tenia ni cama ni sillas, sino un miserable *petate*, aquella ropa estaba sucia, ajada y rota en algunas partes. Doña Catalina estaba pálida y casi enferma.

Habia contestado la verdad en sus declaraciones, porque en efecto, ella nada sabia de la conspiracion ni de los planes de Don Leonel de Salazar ni del Padre Alfonso.

Cuando el visitador penetró, Doña Catalina estaba sentada en el suelo.

—Dios os guarde, señora—dijo el visitador.

—Lo propio deseo á su señoría—contestó.

—Vengo á deciros que puesto que nada hay contra vos ni nada puede averiguarse, libre sois para poder ir adonde mejor os parezca.

—Tardía en verdad es vuestra justicia—contestó Doña Catalina con una amarga sonrisa.

—No es en verdad por mi culpa, que mi mayor deseo ha sido no causaros molestia de ninguna clase.

—Y á fe mia que su señoría lo ha conseguido; me habeis arrancado de mi casa, tenido en prision, registrado mi cuerpo por ver si tenia una mancha roja en la espalda, tomádo-me muchas declaraciones, y el dia que mejor os dió gana, me decís con gran donaire: «libre sois, y podeis retiraros.» ¿No piensa su señoría lo que diria S. M. al saber cómo se administra justicia en su reino y cómo se trata á damas tan principales como yo?

—Señora—contestó algo amostazado el visitador—si así agradeceis el empeño que por vos tomo, siento no haberlo sabido desde antes; pero os aconsejo como mas prudente que en vez de procuraros nuevos disgustos con la justicia, salgais aprovechando nuestro favor.

—Valiente favor! y valiente consejo! Sin embargo, le tomo, que inútil seria lo demas: ¿dió su señoría orden para que no se me detuviera en la salida?

—Podeis hacer la prueba cuando gustéis.

—Entonces ahora mismo, que no me siento aquí nada contenta.

Y Doña Catalina, tomando el manto mismo que para venir le habia servido, se envolvió en él, y salió sin despedirse del visitador.

—Gente ingrata é indomable son estos criollos—dijo él

siguiéndola;—no merecen lo que se hace por ellos; pero si no fuera porque es necesaria la prudencia, yo les enseñaría cómo deben manejarse.

Cuando llegó á la puerta de la cárcel, ya Doña Catalina habia salido, y como ésta ignoraba lo acontecido en su casa con su hija, se dirigió para la calle de Ixtapalapa.

Don Pedro por una casualidad la vió venir, y comprendió por su traje que acaba de salir de la prision y que no sabia la fuga de Catalina; creyó que esto era para él un acontecimiento feliz y se dirigió á su encuentro.

La vieja le vió venir y le reconoció al punto; estaba indignada por la escena que habia comenzado á presenciar la noche del matrimonio de Don Pedro; pero como no pudo ver el desenlace de aquella escena, y conocia el carácter poco escrupuloso de su hija y la libertad de sus costumbres, se le figuró que Don Pedro y Catalina se habian arreglado, y mas teniendo por intermedio á Don Alonso. Esta solucion le parecia á la vieja la mas oportuna y la mas conveniente.

Don Pedro se acercó á ella triste, y ella le recibió con la fisonomía mas franca y mas alegre.

—¡Cuánto gusto tengo—díjole Don Pedro—de volver á veros!

—Como que á milagro puede tenerse, que así anda en esta tierra la justicia de S. M.

—Paréceme, señora, que en efecto se os ha tratado como no mereceis.

—¡Oh! ¿qué me decís de mi hija?

Aquella pregunta así, tan indiferente, aquel aire de menosprecio, para un acontecimiento como era el de la prision, para una dama de entidad, comenzaron á chocar á Don Pedro, que aunque no era hombre de gran talento, estaba

acostumbrado al trato de las señoras mas principales de la ciudad.

—¿Quereis pasar á mi casa, y hablaremos?—dijo Mejía sin contestar directamente á la pregunta de Doña Catalina.

—Supongo que mi hija estará allí.

—Por ahora no.

—¿Cómo es eso?

—Os suplico que entreis, porque muchas cosas tengo que deciros.

—Vaya pues.

Y Don Pedro la condujo hasta una de las salas de la casa.

—Tomad asiento, señora, que aquí podemos hablar.

—Decid, que os escucho con atencion.

—¿Recordais cuanto pasó la noche desgraciada de mi enlace con vuestra hija?

—Sí, hasta el momento en que la justicia vino por mí.

—Bien; pues apenas habíais salido, vuestra hija se levantó y salió tambien sin decirme una palabra, se fué para su casa; seguía para satisfacerla y pedirle perdon de lo acaecido, en lo que yo no tenia la culpa, y me arrojó de su presencia.

—¡Qué tontera!—exclamó Doña Catalina, pensando quizá en las ventajas que podia haber sacado de Don Pedro en aquellas circunstancias.

—Salí desesperado, pensaba en la muerte, en la locura, yo no sabia lo que por mí pasaba; Don Alonso de Rivera se compadeció de mí y volvió á la casa; pero vuestra hija habia desaparecido, saliendo, segun dijo un portero, con un hombre embozado.

Cuando Don Pedro esperaba que el asombro, el dolor, la indignacion, se pintaran en el rostro de aquella mujer al escuchar la noticia de la desaparicion de su hija, y que sollo-

zos y lágrimas fueran la expresión de sus sentimientos, con el mayor espanto la miró permanecer tranquila, mover la cabeza, y hasta con cierta especie de sonrisa decir únicamente:

—Y es capaz de todo eso; así es ella.

Como una niebla que disipa el viento y deja ver puro el sol y claro el paisaje que ocultaba, así se corrió á los ojos de Mejía el velo que le había cegado; aquellas palabras hicieron brotar en su cerebro un mundo de ideas, que antes le hubieran parecido absurdos y quimeras.

Comprendió qué clase de hija sería aquella de la que una madre se expresaba así; comprendió cuáles serían las costumbres y los antecedentes de una familia en la que así se recibía la noticia de un hecho tan escandaloso.

Don Pedro no tuvo ni qué decir: aquel descubrimiento helaba su sangre, y sin embargo, sintió que su amor y sus deseos se encendían más, porque la mujer que había creído lejos de sí, la sentía acercarse repentinamente hasta el alcance de su mano.

—Supongo—dijo Doña Catalina—que perdonareis esta falta de mi hija: es tan joven, le falta la experiencia, y luego que sin mí no sabría ni qué hacer.

—En efecto—contestó Mejía.

—¿Y sabéis adónde está?

—Lo ignoro completamente.

—Yo la encontraré, y creo que no tendréis dificultad en recibirla.

Don Pedro estaba asombrado de aquel cinismo.

—Señora, podéis buscarla y decirla que siempre seré para ella el mismo, si ella es la misma para mí.

—Pues de encontrarla tengo; entretanto, viviré como antes, en la casa de enfrente.

—Y contad para todo conmigo.

—Gracias; os aseguro que pronto encontraré á mi hija.

La vieja se despidió y salió satisfecha de la conferencia, aunque disgustada de la conducta de Catalina.

Don Pedro quedó sin explicarse lo que sentía, si era el amor á la que él conocía por Estela, ó era el desprecio hacia aquella familia; si era la tristeza de haberla perdido, ó la de volver á encontrarla ya sin el velo misterioso que la rodeaba.

Pensaba en esto cuando oyó detrás de sí un ligero ruido y volvióse á ver quién era.

La negra había entrado y se colocaba en un sitio; Mejía contempló un momento aquel rostro estúpido, y luego exclamó con cierto aire de resignación:

—Sea esta mujer Luisa ó no lo sea, no me conviene ya aclarar este misterio; lo que ayer era para mí una desgracia, quizá sea hoy una fortuna: ya veremos.